

Espejo de Monografías

ISSN: 2660-4213 Número 5, año 2022. URL: <https://espejodemonografias.comunicacionsocial.es>

MONOGRAFÍAS DE ACCESO ABIERTO
OPEN ACCESS MONOGRAPHS

COMUNICACIÓN SOCIAL
ediciones y publicaciones

ISBN 978-84-96082-75-5

Qué pasa con el estudio de los medios
Diálogo con las Ciencias Sociales en Iberoamérica

Raúl Fuentes Navarro; Enrique E. Sánchez Ruiz; Raúl Trejo Delarbre

Separata

Capítulo 1

Título del Capítulo

«Condiciones institucionales para la práctica de la investigación académica de la comunicación: la persistencia de la triple marginalidad en México»

Autoría

Raúl Fuentes Navarro

Cómo citar este Capítulo

Fuentes Navarro, R. (2011): «Condiciones institucionales para la práctica de la investigación académica de la comunicación: la persistencia de la triple marginalidad en México». En Fuentes Navarro, R; Sánchez Ruiz, E.; Trejo Delarbre, R., *Qué pasa con el estudio de los medios. Diálogo con las Ciencias Sociales en Iberoamérica*. Salamanca: Comunicación Social Ediciones y Publicaciones. ISBN: 978-84-96082-75-5

D.O.I.:

<https://doi.org/10.52495/c1.emcs.5.ei3>



El libro *Qué pasa con el estudio de los medios. Diálogo con las Ciencias Sociales en Iberoamérica* está integrado en la colección «Espacio Iberoamericano» de Comunicación Social Ediciones y Publicaciones.

Este libro pone en primera línea de la actualidad el debate acerca de la identidad de los estudios sobre los medios de comunicación como disciplina académica.

Tres autores de acreditada solvencia son los encargados de entablar este diálogo:

Raúl Fuentes presenta, a partir de datos recientes, una actualización de la hipótesis de la *Triple Marginalidad* de los estudios de Comunicación —o Medios— y de la dimensión disciplinaria —o *post-disciplinaria*— de los mismos.

Raúl Trejo se adentra en un fascinante recorrido bibliográfico que muestra cómo se ha contemplado el objeto principal de estudio de los llamados comunicólogos —los medios de comunicación— desde antes incluso de que este campo académico adquiriese su actual identidad y forma institucional.

Enrique E. Sánchez, por su parte, repasa los cambios de paradigma ideológico que han dominado las Ciencias Sociales en Iberoamérica —desde los años sesenta hasta la actualidad— destacando la necesaria interacción de los estudios sobre los medios con las Ciencias Sociales en virtud de las múltiples dimensiones de dichos estudios.

Índice General

Introducción, por Enrique E. Sánchez Ruiz	7
<i>Bibliografía</i>	13
1. Condiciones institucionales para la práctica de la investigación académica de la comunicación: la persistencia de la triple marginalidad en México,	
<i>por Raúl Fuentes Navarro</i>	15
<i>Una reconstrucción sintética de la constitución del campo en México</i>	18
<i>La triple marginalidad, actualizada</i>	27
<i>Interdisciplinariedad o ¿post-disciplinariedad?</i>	36
<i>La investigación de la comunicación como práctica sociocultural</i>	44
<i>Bibliografía</i>	53
2. El tronco, el árbol, la enramada. La investigación de los medios de comunicación y de las Ciencias Sociales,	
<i>por Raúl Trejo Delarbre</i>	57
<i>Marginalidades y auto aislamiento</i>	59
<i>De Tocqueville y Comte: prensa, potencia e influencia</i>	61
<i>Marx y Engels, autoritarismo de los medios y en los medios</i>	62
<i>De Lenin, a Gramsci, el periódico-organizador</i>	65
<i>Max Weber: una guía para estudiar a la prensa</i>	66
<i>El empirismo estadounidense, limitaciones y contribuciones</i>	70
<i>El catastrofismo de Frankfurt y el tránsito a la sobriedad</i>	71
<i>Aportaciones y variedad en los estudios culturales</i>	75
<i>Palabrería, suposiciones e imposturas intelectuales</i>	78
<i>Medios como legitimadores. En busca de los efectos desconocidos</i>	81
<i>Los medios como instrumentos de la política. Asombros y matices</i>	84
<i>Teoría política en italiano: Cerroni, Bobbio</i>	87

<i>Luhmann, medios como sistema en una sociedad de la comunicación</i>	89
<i>Advertencias contra una ideología de la comunicación</i>	91
<i>Los creativos y provocadores enfoques de Marshall McLuhan</i>	92
<i>El pensamiento social voltea hacia los medios y se cautiva con ellos.</i> 94	
<i>Estudiosos que encuentran motivos para inquietarse ante los medios</i>	97
<i>Medios en contextos democráticos, ineludibles en procesos electorales</i>	101
<i>Sociedad global. El tamaño del mundo se ha contraído</i>	103
<i>Manuel Castells, de la sociedad red al nuevo poder de la comunicación</i>	105
<i>Interdisciplina, nuevos medios y antiguas preocupaciones</i>	107
<i>Zygmunt Bauman, el espacio público como gran pantalla</i>	109
<i>Mirar, desde el estudio de los medios, a las ciencias sociales</i>	112
<i>Bibliografía y hemerografía</i>	115

3. Recuperar la crítica. Algunas reflexiones personales en torno al estudio de las industrias culturales en Iberoamérica en los últimos decenios,

<i>por Enrique E. Sánchez Ruiz</i>	121
<i>Introducción. Objetos de estudio multidimensionales</i>	121
<i>De climas de opinión a epistemes/paradigmas, al «espíritu del tiempo»</i>	131
<i>Cambios en los «climas de opinión» académicos</i>	135
<i>Pensamiento crítico y democratización comunicacional</i>	140
<i>Caída del muro de berlin; la hegemonía «neoliberal»</i>	143
<i>Mitos posmodernos y estudios culturales</i>	149
<i>Regreso de las miradas críticas a los medios</i>	156
<i>Y...¿la crítica?</i>	164
<i>Colofón: retos y perspectivas de la investigación latinoamericana sobre industrias culturales</i>	169
<i>Bibliografía</i>	171

Condiciones institucionales para la práctica de la investigación académica de la comunicación: la persistencia de la triple marginalidad en México

Raúl Fuentes Navarro
ITESO, Departamento de Estudios Socioculturales

En la época actual de extensa especialización, los investigadores tienden a saber poco sobre otros acercamientos, distintos a los propios. Las concepciones de los campos de investigación frecuentemente se basan más en supuestos personales y comunes que en conocimiento producido por análisis empíricos
(Herkman, 2008: 145)

La *meta-investigación* (o investigación sobre la investigación) de la comunicación se ha convertido en los últimos años en una especialidad indispensable para el reconocimiento de los procesos de institucionalización, profesionalización y legitimación de esta área académica, y para el aporte de «mapas» heurísticos que faciliten a los agentes responsables de su conducción y desarrollo la interpretación crítica de los factores que la determinan. En prácticamente todos los países en donde se cultivan universitariamente los estudios sobre la comunicación, se pueden encontrar proyectos de investigación que construyen como su objeto al menos algún aspecto, dimensión o relación de esta estructura académica.

Debido a que, como toda ciencia social, la investigación de la comunicación está determinada por una «doble hermenéutica» (Giddens, 1984), en tanto que implica una interpretación de interpretaciones, se abre la posibilidad de considerar a la investigación de la comunicación como una práctica social de comunicación institucionalizada, equiparable a otras prácticas sociales de comunicación (y de investigación). En

ese sentido, la *meta-investigación* de la comunicación es también *investigación de la comunicación*, y como en la «semiótica de segundo orden» o semiótica de la ciencia de Klaus Bruhn Jensen (1995), o la «sociología de la sociología» de Pierre Bourdieu (1988), exige el empleo de los «mejores recursos» de una ciencia en el análisis de ella misma.

Las investigaciones realizadas en México acerca de la institucionalización de los estudios sobre la comunicación se pueden contar por varias decenas en las últimas dos décadas (León Barrios, 2008), y han sido abordadas desde diversas perspectivas y con distintos alcances, sin que puedan considerarse suficientes o mínimamente satisfactorios sus resultados. En un balance de estos aportes, Fuentes (2005a) propuso su modelo de *nueve procesos de estructuración del campo académico de la comunicación* (Fuentes, 1998: 73), para organizar la revisión de la documentación disponible e interpretar el «estado de la cuestión», tanto de la meta-investigación como del propio «campo académico», concepto que,

operado auto-reflexivamente desde su correspondiente *habitus* en un proceso de «objetivación participante» (Bourdieu, 1989), sirve para captar analíticamente las relaciones entre los sistemas de relaciones que subyacen a las *prácticas* de sujetos empíricos. Estas prácticas, a su vez, constituyen el propio campo como «espacio» de tensiones entre sujetos, entre sujetos y estructura, y entre la estructura y el entorno sociocultural en que se constituye el campo (Fuentes, 2005a: 31).

El modelo de los nueve procesos de estructuración los define heurísticamente en tres *escalas*, articuladas aunque distinguibles entre sí: una individual, otra institucional y otra sociocultural. En la primera se ubican los procesos de constitución de los sujetos, la formación/conformación del *habitus* y la profesionalización; en la segunda, los procesos de organización o institucionalización social, la institucionalización cognoscitiva o intelectual y la especialización de la producción científica; en la tercera escala, los procesos de auto-reproducción del campo, la legitimación social y la asimilación/acomodación del sentido del campo y de las prácticas en relación con su entorno (Fuentes, 1998: 73). La síntesis del balance elaborado en 2005 sobre «el campo académico de la comunicación en México como objeto de análisis auto-reflexivo» indica que:

el campo académico de la comunicación en México tiene aún serias deficiencias en cuanto a la conquista de su *autonomía relativa*, clave inseparable de su *legitimidad*, académica y social; que su consolidación paulatina tiene como condición inescapable la resolución en la práctica de disyuntivas como las caracterizadas por algunos de sus miembros; y, finalmente, que en un contexto de cambios acelerados en las condiciones *externas* de desarrollo, hay también mucho por reorientar y reinterpretar, *autorreflexivamente*, en términos de los constitutivos *internos* del campo (Fuentes, 2005a: 46).

El propósito central de este trabajo es retomar estas y otras propuestas de interpretación y, con base en insumos de información actualizados, replantear el debate autorreflexivo sobre el futuro del campo académico de la comunicación en México, específicamente desde su estructuración institucional,¹ en los términos de una fórmula acuñada veinte años atrás por Enrique E. Sánchez Ruiz y Raúl Fuentes Navarro en un cuaderno titulado *Algunas condiciones para la investigación científica de la comunicación en México* (Fuentes y Sánchez, 1989), trabajo del que se publicó también una versión en inglés (Sánchez & Fuentes, 1990) y que ha sido extensamente retomada y citada por otros investigadores. Se trata de la caracterización de esta actividad como sujeta a una «triple marginalidad». Decíamos entonces, y hay que sostener todavía hoy, que «la investigación de la comunicación es marginal dentro de las ciencias sociales, éstas dentro de la investigación científica en general, y ésta última a su vez entre las prioridades del desarrollo nacional» (Fuentes y Sánchez, 1989: 12).

¹ El caso mexicano puede presentar algunas similitudes y coincidencias en sus procesos de institucionalización con respecto a otros países de la región iberoamericana, pero también son evidentes las diferencias que lo distinguen. Hay dificultades metodológicas aún por resolverse para el desarrollo de estudios *comparativos* internacionales, que limitan los alcances de un análisis detallado, especialmente por las características diferenciales de los sistemas nacionales de educación superior y el acceso a la información estadística e histórica necesaria. Sin embargo, la investigación sobre estos procesos de institucionalización a escala nacional es un componente esencial para la paulatina superación de estas dificultades metodológicas. En la bibliografía «internacional» más reciente sobre la institucionalización del campo académico de la comunicación se enfatiza esta limitación (Craig, 2008; Herkman, 2008), por lo que se invita a los lectores no mexicanos de este trabajo a considerar esta necesaria contextualización.

Una reconstrucción sintética de la constitución del campo en México²

Conviene señalar que el proceso de constitución del campo de la investigación académica de la comunicación en México comenzó en los años setenta cuando se insertó en algunas escuelas de comunicación la actividad de investigación para impulsar el *proyecto utópico* sobre el que se fundó la carrera (licenciatura) y que identificaba a la comunicación como un factor importante para la transformación social. En estos años, cuando los programas de licenciatura en comunicación comenzaron a proliferar en el país, se dio también una expansión notablemente rápida del *mercado académico*, abriéndose así la posibilidad de que muchos jóvenes egresados de estos programas encontraran un horizonte promisorio de desarrollo profesional como profesores-investigadores.

Un caso notable es la fundación de la Universidad Autónoma Metropolitana en 1974, cuya carrera de comunicación en la unidad Xochimilco contrató como docentes a muchos egresados de comunicación, sobre todo de la Universidad Iberoamericana, que se habían convertido en militantes de la investigación «crítica» preconizada por investigadores europeos y sudamericanos. Este discurso, alentado desde la propia presidencia de la República, por ejemplo mediante las críticas públicas de Luis Echeverría a la televisión privada o su política de apoyo a intelectuales sudamericanos exiliados por los golpes de Estado en sus países, se planteó en oposición a los modelos de investigación empírica de la comunicación que otros egresados de la carrera habían traído de sus estudios de doctorado en Estados Unidos y sobre los cuales crearon e impulsaron los primeros centros universitarios de investigación.

La primera y básica confrontación de proyectos para hegemonizar la constitución del campo fue, entonces, discursivizada como una divergencia de orden «metodológico» y «epistemológico», pero incluyó también factores ideológicos, económicos y políticos provenientes del exterior del campo, y que podrían resumirse en la oposición entre la aceptación de las condiciones impuestas históricamente a la «comunicación social» por el Estado y los propietarios y operadores de la in-

² Se retoma aquí, y se actualiza, la «descripción factual-histórica» publicada originalmente en Fuentes (1998: 50-55).

dustria mediática, y su rechazo y consecuente denuncia.³ La *utopía* de la transformación social mediante la comunicación podía sustentar las dos posiciones; en ambas la investigación como espacio de desarrollo parecía tener un lugar prioritario, pero, no habiendo ninguna *tradición científica* formada y establecida al respecto en el país hasta entonces, los propios fundamentos (tanto cognoscitivos como institucionales) del proyecto debían conquistarse de entrada. En ese sentido el discurso del Estado, aunque no tanto su política ni su actuación en los hechos, fortaleció a la corriente «crítica» en detrimento de la «empirista».

En la segunda mitad de los setenta y la primera de los ochenta, la expansión de la carrera de comunicación en el país coincidió con la proliferación de proyectos y centros de investigación tanto en las universidades como en diversas instancias gubernamentales y con una «ultraideologización» del discurso, que prácticamente hizo desaparecer de los escenarios académicos a los estudios empíricos sobre la comunicación. En este proceso, por primera vez, la Universidad Nacional ocupó una posición central en el campo, una vez que convirtió su carrera de periodismo en una de comunicación. Pero los enfoques «críticos» manifestaron un carácter crecientemente dogmático y los productos de investigación, así como los programas de formación profesional en comunicación, mediante el «denuncismo» o el «teoricismo», desatendieron todo criterio de rigor científico. La «lucha por el monopolio de la competencia científica», en las publicaciones y las asociaciones académicas, pero también en la prensa (siguiendo la influencia del modelo más tradicional de la constitución de la carrera como profesión periodística, la utopía del «cuarto poder»), pasó a ser más una pugna político-ideológica que una discusión científica o académico-universitaria. Muchos de los investigadores «empiristas», calificados —y descalificados— como «funcionalistas», algunos de ellos muy sólidamente formados para la investigación social, prefirieron dejar los espacios universitarios y dedicarse a realizar trabajos de investigación *aplicada* o «por encargo» para fines comerciales o políticos, en algún sentido subordinando su proyecto utópico básico

³ Las formulaciones de Enrique Sánchez Ruiz, en este mismo volumen, sobre los «climas de opinión» o *epistemes* dominantes pueden iluminar teóricamente esta interpretación.

por un espacio concreto de desarrollo profesional, o bien salieron del país.

Pero en un tercer momento, la «crisis» de los años ochenta provocó una reestructuración completa del campo de la investigación de la comunicación. Por una parte la carencia de recursos financieros motivó el cierre de la mayor parte de los centros de investigación gubernamentales que habían sido creados en los setenta, y la disminución, hasta en un 50% en términos de poder adquisitivo, de los salarios del personal académico universitario. Además, la retórica gubernamental con respecto a la «comunicación social» dio un giro radical una vez que el presidente López Portillo cerró en 1981 el debate sobre la reglamentación del derecho constitucional a la información.

Mientras tanto, no obstante, la oferta institucional de programas de licenciatura en comunicación siguió creciendo, sin que se crearan tantas plazas académicas como en la década anterior. El mercado académico, sobre todo en las instituciones públicas, se contrajo y las carreras académicas perdieron casi totalmente el atractivo profesional que habían tenido. Al mismo tiempo, las certezas teóricas e ideológicas y los modelos discursivos de la investigación —en las ciencias sociales en general— entraron también, de lleno, en crisis.⁴ La mayor parte de los investigadores mexicanos de la comunicación, de cualquier manera muy pocos, sin embargo, permanecieron en sus puestos académicos —buscando ingresos complementarios— y, aunque sostuvieron sus convicciones utópicas sobre las relaciones entre la comunicación y la «transformación democrática de la sociedad», se vieron obligados por la propia experiencia a reconocer sus carencias científicas y buscaron subsanarlas, muchos de ellos inscribiéndose en programas de posgrado. Emergió, por ejemplo, algún grado de consenso entre los académicos con respecto a la distinción fundamental entre las prácticas de investigación y las periodísticas u otras actividades profesionales, así como sobre la necesidad de integrar la investigación con la enseñanza.

Pero la reestructuración del campo en los años noventa se explica también, primordialmente, por la incorporación de un tipo de inves-

⁴ Ver la sección sobre la «caída del muro de Berlín y la hegemonía neoliberal» en la contribución de Enrique Sánchez Ruiz en este mismo volumen.

tigadores que, formados inicialmente en el mismo proyecto utópico de la carrera de comunicación en las mismas universidades en la misma época, buscaron reintegrar el rigor científico y el anclaje empírico con el sentido crítico y el compromiso social en proyectos de investigación institucional e intelectualmente independientes de la docencia en licenciatura, y por tanto no comprometidas con la «disciplina de la comunicación» como se había venido entendiendo, sino con abordajes diversos pero más amplios, dentro de las ciencias sociales y de la cultura.⁵ Sobre estas bases, durante la segunda mitad de los ochenta se crearon nuevos centros de investigación en algunas universidades (Gómez Vargas, 2008), especialmente la Universidad de Colima, la de Guadalajara y la Iberoamericana, donde encontraron apoyo investigadores formados en doctorados en ciencias sociales del país o el extranjero, con perfiles reconocibles por las instancias oficiales de impulso a la investigación científica (como el Sistema Nacional de Investigadores, creado en 1984), y con vocación para una nueva vinculación docente, orientada más hacia el posgrado que hacia las licenciaturas.

El cambio en las políticas oficiales para la educación superior y la investigación científica, y la incorporación de nuevas perspectivas para el estudio de la comunicación, con un énfasis notable sobre el desarrollo metodológico y teórico crítico y el sustento empírico de las formulaciones en marcos de ciencia social, coincidieron así en los últimos años del siglo XX como factores de rearticulación del campo académico, que pareció haber estabilizado temporalmente la lucha por las «posiciones» de liderazgo en un modelo de colaboración e intercambio interinstitucional y entre un grupo reducido de individuos, de búsqueda de la legitimación colectiva ante diversos sectores de la investigación en ciencias sociales, para remontar el ámbito más inmediato de la «triple marginalidad» que había caracterizado a la investigación de la comunicación, aunque también de un incremento en la desarticulación con la formación de profesionistas (Fuentes y Sánchez, 1992; Fuentes, 1995).

⁵ Incluso (y quizá sobre todo) para la construcción de objetos de investigación referidos a «los medios», como explican, desde ángulos diversos pero confluyentes, tanto Raúl Trejo Delarbre como Enrique Sánchez Ruiz en sus respectivos textos en este volumen.

Por otro lado, esta «estabilización» de la lucha por las posiciones en el campo tuvo que ver con el deterioro de las condiciones institucionales y la pugna, al interior de los establecimientos universitarios, por los espacios y recursos requeridos para el desarrollo académico. En este sentido, hubo también una tregua en el campo para atender la lucha contra la «burocratización», la «racionalización» y la priorización de una docencia instrumentalista en la mayor parte de las universidades, condición cuya vigencia continúa a fines de la primera década del siglo XXI.

La multiplicación de las publicaciones académicas y de la participación en los escenarios académicos internacionales; la relativamente mayor discusión de los postulados y los resultados de las investigaciones en busca de más sólidos consensos científicos; el creciente contacto con otros investigadores en ciencias sociales y con los investigadores «aplicados»; el desarrollo de los posgrados de investigación en comunicación y la formación de investigadores más jóvenes, proceso que se redujo al mínimo en los años ochenta, así como la inscripción de muchos de los profesores-investigadores en programas de doctorado, fueron indicios objetivos de que la configuración del campo en los años noventa tendió hacia una posibilidad más sólida de establecerse como una especialidad cuyas institucionalización y profesionalización avanzaran en términos de *legitimación* académica, tanto científica como social, tendencia amenazada, no obstante, por la «modernización» neo-liberal y los reajustes presupuestales de las universidades ante las «nuevas» crisis económicas del país.

Esta legitimación, dependiente del reconocimiento que los agentes productores de conocimiento del campo académico lograran obtener en cuanto a la consistencia científica y la pertinencia social de sus productos de investigación, al menos para algunos, no parecía estar asociada —como lo estuvo antes— con el proyecto de constitución de una ciencia «autónoma» o una disciplina con sus propios y exclusivos paradigmas y estructuras de producción y reproducción, sino con la posibilidad de aportar elementos de renovación de los estudios socioculturales según un modelo «post-disciplinario» emergente (Fuentes, 1994; 1999; 2000; 2003), sobre el que más adelante se elabora un poco más. En esta reconfiguración de las ciencias sociales y las humanidades, la comunicación como campo de investigación partiría, al mismo tiempo, de una evidente debilidad disciplinaria, pero una gran flexibilidad y apertura a la integración de múltiples perspectivas de trabajo, en comparación con

otras ciencias sociales, y de una relevancia crecientemente reconocida de su objeto genérico de estudio, la comunicación, en la constitución del mundo contemporáneo. Ambas condiciones, junto a la *utopía* fundacional: la incidencia de la comunicación en la transformación de la sociedad, conformarían, hacia el «interior» del campo, el *núcleo básico* de sentido compartido por los sujetos que lo constituyen, y hacia su «exterior» la clave de su aspiración a la *distinción legítima* en el campo intelectual.

El estudio de Fuentes (1998) sobre la constitución del campo de la investigación académica de la comunicación en México, concluía con el planteamiento de una *doble disyuntiva* de reestructuración a mediados de los años noventa. La primera disyuntiva se basaba en el creciente alejamiento de la investigación con respecto al «sub-campo educativo» de los programas de licenciatura en el que tuvo sus orígenes, «y que probablemente (en su escala más general) no tenga ya a una ‘reestructuración’ como alternativa a la ‘inercia conformista’ (socioculturalmente determinada) en que parece estar ‘atrapado’»⁶ (Fuentes, 1998: 347).

Esa es la primera disyuntiva que se presenta en los años noventa para el campo: *cambiar o desaparecer* como campo académico productivo. La segunda disyuntiva supone el cambio y el enfrentamiento de las nuevas condiciones anotadas [las tendencias hacia la *fragmentación* o hacia la *síntesis*], mediante la *profesionalización avanzada*, para buscar la legitimación a través de la *extensión de la imaginación utópica* o a través de la

⁶ Esta previsión lamentablemente parece confirmarse conforme pasan los años y sigue aumentando el número de programas de licenciatura en comunicación en el país, sin que se incremente su «calidad». Un análisis de esa «oferta», puede encontrarse en Fuentes (2005b). Los datos de la Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior (ANUIES) para 2007 indicaban la existencia de 454 de estos programas (<http://www.anui.es.mx>). Pero a fines de 2009, un informe preparado por el Consejo Nacional para la Enseñanza y la Investigación de las Ciencias de la Comunicación (CONEICC) para un proyecto continental encabezado por la Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social (FELAFACS) y la UNESCO, hizo el recuento de 1006 programas de licenciatura en comunicación en México (Rebeil, 2009). Sin que el citado informe lo interprete así, puede reforzarse la sospecha —al menos— de la prevalencia acelerada de esa «inercia conformista» postulada más de una década y media atrás.

recuperación del pragmatismo, «apuestas» por el futuro que se plantean [los sujetos] como mutuamente excluyentes... (Fuentes, 1998: 348).

En el contexto de ese análisis, terminado a fines de 1995, alcanzaban a definirse las opciones que parecían más claras para los propios investigadores, pero aún no se podían prever las condiciones que, simbólicamente a partir del año 2000, habrían de modificar algunas tendencias: «La disyuntiva entre la *extensión de la imaginación utópica* y la *recuperación del pragmatismo* formula una ‘tensión’ que comienza a experimentarse (y a explicitarse) entre algunos de los investigadores académicos mexicanos de la comunicación, como una urgencia estratégica, del nivel de la ‘supervivencia’ profesional» (Fuentes, 1998: 358).

En la década más reciente, sin duda, han mantenido su vigencia las principales condiciones estructurales que se postularon como determinantes del desarrollo de la investigación académica de la comunicación entre las décadas de los setenta y de los noventa. El estudio referido elaboró tres *dimensiones* como contextos relevantes de la estructuración del campo: la *cognoscitiva*, la *sociocultural* y la *institucional*. En la primera se incluyeron «factores y procesos de cambio que han afectado la producción, reproducción y circulación del conocimiento sobre la comunicación y las estructuras y fenómenos socioculturales en términos más amplios, así como el *sentido* de las actividades y sistemas académicos, científicos, universitarios, tanto desde el ‘exterior’ como al ‘interior’ del campo académico de la comunicación». En la dimensión sociocultural se consideraron a su vez «factores y procesos de cambio ocurridos en esas actividades y sistemas *en relación* con las estructuras (nacionales e internacionales) culturales, políticas y económicas, sujetas a transformaciones de amplio alcance en los años recientes». Finalmente, «la dimensión institucional refiere concreta y específicamente a los cambios en que confluyen los factores ‘cognoscitivos’ y los ‘socioculturales’ tanto al interior del sistema nacional de educación superior como en las relaciones universidad-sociedad» (Fuentes, 1998: 48).

A partir de ese «triple contexto», se categorizaron tres *pares de oposiciones* o *ejes de tensión* operantes en la estructuración del campo, tanto interna como externamente en las *prácticas* que median entre las *estructuras* y los *sujetos*. De esta manera, se definieron como ejes hipotéticamente determinantes de la estructuración los siguientes:

inconsistencia disciplinaria ↔ institucionalización académica

dependencia estructural ↔ autonomía intelectual

crisis universitaria ↔ continuidad utópica

En términos formales, la ‘inconsistencia disciplinaria’, la ‘dependencia estructural’ y la ‘crisis universitaria’ se consideran como *condiciones* objetivas, *externamente* impuestas a los procesos de estructuración del campo de la investigación académica de la comunicación en México; y la ‘institucionalización académica’, la ‘autonomía intelectual’ y la ‘continuidad utópica’ como factores constitutivos *internos* de las prácticas estructuradoras del campo *ante tales condiciones* (Fuentes, 1998: 49-50).

La *agencia* estructuradora de los sujetos (investigadores de la comunicación) se concibió (socioculturalmente) como clave hipotética de un «proyecto institucionalizador relativamente compartido» articulado mediante la «internalización» de esas condiciones y la «externalización» de sus prácticas (Fuentes, 1998: 50). Conservando ese constructo, la *segunda disyuntiva* postulada a mediados de los años noventa, entre la *extensión de la imaginación utópica* y la *recuperación del pragmatismo*, requiere de nuevos procesos de contextualización para poder ser sostenida más de una década después, pues «linealmente», habría tantas evidencias sobre la prevalencia de uno de los «polos» como sobre la del otro. Quizá no se trate ya de una *disyuntiva* («situación de alguien cuando tiene forzosamente que elegir entre dos soluciones, ambas malas»), sino de un *dilema* («razonamiento formado por una premisa con dos términos contrapuestos que, supuestos alternativamente verdaderos, conducen a la misma conclusión»), según los significados literales de ambos términos (Moliner, 1992).

Habría que considerar, en las dimensiones *cognoscitiva* y *sociocultural*, entre otros factores, la creciente relevancia que en todo el mundo se ha concedido en la última década al objeto genérico «comunicación», asociado a grandes transformaciones económicas, políticas, tecnológicas, legales y culturales, a la «globalización» y al desarrollo de las redes telemáticas como Internet, así como a la concentración mundial de las industrias mediáticas, que han multiplicado muy rápidamente las «demandas» sociales hacia los «expertos», que han visto ampliamente rebasado su margen de respuesta.

En México, concomitantemente, los procesos políticos asociados con el «cambio de régimen» o la alternancia partidaria en la presidencia de la república a partir del año 2000, han generado cambios discursivos y estructurales en todos los órdenes, incluyendo la comunicación, difíciles de evaluar, pero poco consistentes en todo caso con la imagen «democratizadora» que se podía tener de ellos antes del año 2000 (De León, 2009; Esteinou y Alva de la Selva, 2009). Podría sostenerse incluso que la creciente atención a los sistemas y procesos «de comunicación» en los debates públicos y de interés general, ha implicado un simultáneo desdibujamiento conceptual e ideológico en los marcos desde los cuales los agentes sociales especializados en la operación, y en la investigación científica, de la multidimensional operación social de los medios de difusión masiva intervienen en ella. La «instrumentalización» reduccionista de la comunicación ha permeado también, sin duda y sin que debiera causar sorpresa, a las universidades.

En la dimensión *institucional*, contexto de las estrategias para *enfrentar* los cambios en los entornos *sociocultural* y *cognoscitivo*, pueden también percibirse tensiones recientes, además de la *doble disyuntiva* o «dilema»: la investigación académica de la comunicación se ha fortalecido en la última década (Vega, coord., 2009), y ha dado muestras de *renovación generacional*, casi imperceptibles hasta mediados de los noventa. Pero en relación con el expansivo crecimiento de la oferta de programas de licenciatura en comunicación, impulsado sobre todo por instituciones de dudosa solidez académica, se ha mantenido en un estado precario de desarrollo, equivalente en varios de sus indicadores al de la década anterior, como el correspondiente a los programas de posgrado acreditados, e incluso inferior, como el número de centros de investigación activos o de revistas académicas. Han aumentado tanto la *fragmentación* temática y metodológica de la investigación, como las propuestas divergentes de reestructuración del campo, la más destacada de las cuales quizá sea la sostenida alrededor del proyecto de la «Comunicología posible» (Galindo, 2008; Rizo, 2008). Como se afirmaba arriba, hay múltiples indicios de que tanto la *extensión de la imaginación utópica* como la *recuperación del pragmatismo* mantienen su vigencia, aunque quizá predominen los de la segunda.

Una síntesis actual podría reconocer que generar conocimiento socialmente útil y pertinente es una tarea que acepta múltiples interpreta-

ciones: algunas privilegian el conocimiento de aplicabilidad inmediata; otras la profundización del análisis en marcos socio-históricos de escala mayor. En el campo académico mexicano esta tensión, que no se puede resolver sólo discursiva o autoritariamente, puede ser una clave central de debate y de acuerdo colectivo, intra y extra-académicos, para evaluar y reorientar las acciones de un grupo profesional que, como la mayor parte de los científicos en México, no está satisfecho con la estructura institucional en la que trabaja ni con los resultados hasta ahora obtenidos. Pero la mayor parte de los indicadores de la producción académica no parecen apuntar hacia una convergencia como esa: más bien refuerzan la idea de la *persistencia de la triple marginalidad*.

La triple marginalidad, actualizada⁷

En comparación con distintos periodos del pasado, la investigación de la comunicación, y muy especialmente la académica, no ha conseguido prácticamente avance alguno en cuanto a legitimidad, en cuanto a reconocimiento social, en cuanto a influencia, al menos en la definición de los términos de discusión o de explicación de las decisiones sobre «la comunicación» en el país. Desde este punto de vista, sin duda, a la investigación de la comunicación en México le falta definición de una identidad reconocible como legítima y relevante. Pero esta situación no es nueva.

De que la actividad científica es crecientemente marginal entre las prioridades del desarrollo nacional en México da cuenta el indicador más extensamente empleado internacionalmente: el porcentaje del Producto Interno Bruto que se invierte en ciencia y tecnología, o en «Investigación y Desarrollo». En 1992, ese porcentaje era del 0.32; subió hasta el 0.46 en 1998 y volvió a bajar para mantenerse entre el 0.42 del año

⁷ Una primera versión de esta «actualización» fue presentada como ponencia en el 4º Seminario en Estudios Culturales: Comunicación y cultura en la era global, convocado por el CIC-Museo de la Universidad Autónoma de Baja California en Mexicali, en octubre de 2006 (Fuentes, 2007). Algunos de los datos citados, ya «reactualizados» aquí, sólo confirman las tendencias e interpretaciones planteadas.

2000 y el 0.36 del 2006. Nunca, al menos en los últimos treinta años, ha llegado al 0.5%, cuando la recomendación es que alcance al menos el 1% en un país como México, propósito que incluso quedó plasmado hace no mucho en la ley del sector. Sobra decir, comparativamente, que países como Suecia, Japón, Estados Unidos, Corea, Alemania y Francia invierten entre el 2 y el 5% de sus respectivos PIB en este rubro (CONACyT, 2007), y que en América Latina Brasil (1.07%), Chile (0.67%) y Argentina (0.51%), dedican proporciones respectivamente mayores que México a este rubro (UNESCO, 2010: 82).

Pero el tamaño de la planta científica es quizá un indicador todavía más elocuente de esta marginalidad de la ciencia. En un país con más de cien millones de habitantes, el Sistema Nacional de Investigadores (SNI) incluye un poco más de quince mil miembros, el doble que hace diez años y cuatro veces más que hace veinte, pero ese número equivale a un científico por cada 8 mil trescientos habitantes, aunque, por supuesto, no todos los investigadores ni todo el personal dedicado a la investigación pertenece al SNI.

El crecimiento del número de graduados de los programas nacionales de doctorado es más alto aún, pero apenas rebasa los dos mil por año, en todas las áreas. Además, está el problema de crear plazas laborales de investigador a ese mismo ritmo, lo cual ni remotamente ocurre. En síntesis, por más que crezca el sector científico, su posición relativa es cada vez más precaria. Con frecuencia se citan los casos de Corea, España o Brasil, que hace veinte años tenían un nivel de desarrollo parecido al mexicano, pero que gracias a políticas científicas exitosas y sostenidas, ahora tienen una posición incomparablemente mejor.

Dentro del Sistema Nacional de Investigadores se consideran siete áreas, una de las cuales, la V, agrupa a los practicantes de las Ciencias Sociales. En los últimos diez años, esta área pasó de tener el 11% al 15% de los miembros del Sistema.⁸ En 2008 contaba con 2187 investigadores activos en economía, administración, sociología, demografía, geografía, derecho y ciencias jurídicas, ciencias políticas y comunicación.

⁸ Todos los datos que siguen han sido tomados de, o reelaborados con base en, documentos del Sistema Nacional de Investigadores (http://www.conacyt.gob.mx/SNI/Index_SNI.html).

El Área V, junto con las de Biotecnología y Ciencias Agropecuarias (VI), y de Ingenierías (VII), fue de las que más crecieron en esta década, en menoscabo de las de Físico-matemáticas y Ciencias de la Tierra (I) y Biología y Química (II), que sin embargo, junto a la de Humanidades y Ciencias de la Conducta (IV), son todavía las que cuentan con el mayor número de miembros. El área restante, de Medicina y Ciencias de la Salud (III), sigue siendo la menor y la de crecimiento más estable de las siete áreas.

La productividad científica de la investigación mexicana, medida conforme las publicaciones indizadas por el *Institute for Scientific Information* (ISI) es escasa en términos comparativos internacionales, pues apenas rebasa el 0.7% del total mundial, pero además desnivelada en términos de área, pues no alcanza el 0.5% en Ciencias Sociales ni en Humanidades, y cuenta con más del 1% en Biotecnología y Ciencias Agropecuarias y en Físico-matemáticas y Ciencias de la Tierra. Correspondientemente, el *índice de impacto* de las publicaciones mexicanas en Ciencias Sociales y en Humanidades, medido en citas en las revistas indizadas, es considerablemente más bajo que en las demás áreas científicas, donde destaca el área de Medicina y Ciencias de la salud.

En el ámbito nacional, estos desbalances por área tienen otros indicadores. Más del 70% de los investigadores del área de ciencias sociales tiene las categorías de Candidato o Nivel I, y 601, el 27% restante, Niveles II y III, que indican trayectorias consolidadas y alta productividad, según los criterios de evaluación del SNI. Las áreas de Físico-matemáticas y Ciencias de la Tierra, Biología y Química, y Humanidades y Ciencias de la Conducta tienen un porcentaje mayor de niveles II y III que la de Ciencias Sociales, pero el promedio del Sistema en su conjunto es, también, de 27%.

En cuanto a distribución geográfica, ya hay, desde 1998, más miembros del SNI trabajando fuera de la Zona Metropolitana de la ciudad de México que en ella, el 57% (49% para el área de Ciencias Sociales y 50.3% para los investigadores de la comunicación), aunque sólo el 42% de los Niveles II y III tanto del área de Ciencias Sociales como de los investigadores de la comunicación, pues las tendencias de descentralización son recientes, aunque sostenidas (Tabla 2).

Adicionalmente, hay que advertir que el 40% del total de los investigadores tienen 50 años o más de edad, mientras que en el área de Cien-

cias Sociales este porcentaje es de 50.4%, el segundo más alto después del de Humanidades y Ciencias de la Conducta, que es de 59.6%. Está claro que en estas dos áreas es en las que se avanza hacia la «madurez» científica con mayor lentitud. O quizá, simplemente, que se obtiene el doctorado, requisito de ingreso, a una edad más avanzada. Sin embargo, para los investigadores de la comunicación vigentes en 2008, el promedio de edad es de 46.5 años, y el 20% de los investigadores tiene 40 años o menos. Aunque en todo el Sistema solamente el 23% de los investigadores son menores de 40 años, en el área de Ciencias Sociales este porcentaje es de 12.6%. Por género, en el Sistema en su conjunto todavía hay un 69% de varones, pero entre los investigadores de la comunicación predominan en un 53% las mujeres, incluyendo el 52% de quienes han alcanzado los niveles II y III (Tabla 2).

En cuanto a las «disciplinas» representadas en el Área de Ciencias Sociales, la sociología, las ciencias económicas y las ciencias políticas tienen cada una poco más del 25% de los 2187 investigadores con nombramiento vigente. Ciencias jurídicas y derecho, demografía y geografía, en conjunto, aportan el porcentaje restante. Aunque en las categorías de clasificación del Sistema, «comunicación social» sigue siendo una subdisciplina de la sociología (así como «administración» lo es de ciencias económicas), en 2008 hay ya 83 investigadores clasificados ahí, y 22 en la subdisciplina «opinión pública», correspondiente a ciencias políticas, además de otros seis en ciencias jurídicas y dos más en ciencias económicas, para un total de 113, es decir, el 5% del área.

Este número de investigadores de la comunicación provocó que en 2006 se reservara por primera vez una plaza para este campo en la Comisión Dictaminadora de Ciencias Sociales, que tiene 14 miembros, lo cual no deja de ser un reconocimiento. Pero en el área «vecina», la de Humanidades y Ciencias de la Conducta (IV), hay otros 24 investigadores que serían reconocibles como «de la comunicación», aunque estén registrados como antropólogos, historiadores, lingüistas, psicólogos o pedagogos. Si los sumáramos, quizá contra la voluntad de varios de ellos (porque cada quien elige cómo clasificarse, es decir, por quiénes ser evaluado), el campo académico de la comunicación contaría ya con 145 investigadores nacionales (Tabla 1). Ese número no es irrelevante, pues equivale al 1% de los miembros de todo el Sistema, además de que comparado con los 42 que había en el año 2000, o con los siete de 1990,

indica un crecimiento muy notable, si bien está concentrado en pocas universidades (Tabla. 3).

Tabla 1: Miembros del SNI, 2008, por nivel y disciplina, que hacen investigación de la comunicación.

Disciplina	Investigadores	Candidato	Nivel I	Nivel II	Nivel III	Emérito
Área IV:	24	1	13	8	1	1
Antropología	8	1	4	2	0	1
Historia	7	0	3	3	1	0
Lingüística	5	0	2	3	0	0
Pedagogía	3	0	3	0	0	0
Psicología	1	0	1	0	0	0
Área V:	113	10	74	22	7	0
Cs. Económicas	2	0	2	0	0	0
Cs. Jurídicas	6	1	2	2	1	0
Cs. Políticas	22	1	16	5	0	0
Sociología	83	8	54	15	6	0
No especificado	8	2	3	3	0	0
Total	145	13	90	33	8	1

Tabla 2: Miembros del SNI, 2008, por género, nivel y ubicación, que hacen investigación de la comunicación.

	Investigadores	Candidato	Nivel I	Nivel II	Nivel III	Emérito
Zona Metropolitana de la Ciudad de México	73					
Mujeres	37	2	22	13		
Hombres	36	2	23	7	3	1
Estados del país	67					
Mujeres	37	5	25	6	1	
Hombres	30	3	18	5	4	

	Investigadores	Candidato	Nivel I	Nivel II	Nivel III	Emérito
Ubicación no especificada	5					
Mujeres	3		1	2		
Hombres	2	1	1			
Total Mujeres	77					
Total Hombres	68					
Total	145	13	90	33	8	1

Tabla 3: Miembros del SNI, 2008, por institución de adscripción y nivel, que hacen investigación de la comunicación.

Institución de adscripción	Investigadores	Candidato	Nivel I	Nivel II	Nivel III	Emérito
Universidad Nacional Autónoma de México	29	1	17	8	3	0
Universidad Autónoma Metropolitana	18	1	7	9	0	1
Universidad de Guadalajara	17	0	11	4	2	0
(28) Otras instituciones públicas	53	7	41	5	0	0
(6) Universidades privadas	23	3	12	5	3	0
No especificada	5	1	2	2	0	0
Total	145	13	90	33	8	1

En suma, usando estos datos del Sistema Nacional de Investigadores como indicadores representativos, puede decirse que la *marginalidad* más inmediata de la investigación de la comunicación, la referida al campo de las ciencias sociales, se reduce paulatinamente. Incluso cualitativa y metodológicamente, hay muchísimas más ocasiones y posibilidades de diálogo, intercambio y colaboración entre practicantes de las disciplinas sociales más establecidas e investigadores de la comunicación, en términos más respetuosos y paritarios que hace una década

o dos. Lo mismo puede decirse con respecto a la marginalidad de las ciencias sociales con respecto a las ciencias naturales, exactas o aplicadas, aunque quizá en esta escala esta marginalidad se haya reducido sobre todo cuantitativa y no tanto cualitativamente.

Otro indicador pertinente es el número de programas de posgrado acreditados por CONACyT y la SEP en el Padrón Nacional de Posgrado. Entre los 131 programas del área de ciencias sociales,⁹ se incluyen cinco maestrías en comunicación y seis doctorados en donde hay una línea o un área de concentración dedicada a la comunicación. Aunque no son muchos los estudiantes inscritos, en estos programas hay buenas bases para la formación, en el país, de nuevos investigadores. (Ver Tabla 4).

Pero entre los indicadores de la institucionalización del campo académico de la comunicación en México hay uno más que no puede dejarse de mencionar, por la potencial perspectiva de futuro que implica, en términos de la integración institucional de la práctica de la investigación con la formación de nuevos investigadores: en 32 instituciones públicas de todo el país, hay 127 «cuerpos académicos» que de alguna manera cultivan «líneas de generación y aplicación del conocimiento» relacionadas con la comunicación. Según la clasificación del Programa para el Mejoramiento del Profesorado (PROMEP), que condiciona el otorgamiento de apoyos oficiales al nivel «de consolidación» alcanzado, de estos 127 cuerpos académicos sólo 11 están «consolidados»¹⁰ y 19 «en consolidación»; los 97 restantes están apenas «en formación». Aunque la información disponible no permite ser muy optimistas con respecto a la productividad académica y social de estas figuras organizacionales, sería sin duda deseable que se ampliara, por ésta o cualquiera otra vía,

⁹ Si bien la maestría de la UdeG y el doctorado del ITESM están clasificados como de Humanidades. (http://www.conacyt.gob.mx/Calidad/Becas_ProgramasPosgradosNacionalesCalidad.html).

¹⁰ En mayo de 2009, los 11 cuerpos académicos consolidados que de alguna manera incluyen a la comunicación estaban ubicados en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, la Universidad Autónoma de Chiapas, la U.A. de Nuevo León, la U.A. de Sinaloa, la U.A. Metropolitana, la U. de Colima, dos en la U. Michoacana de San Nicolás de Hidalgo y tres en la Universidad de Guadalajara. (<http://promep.sep.gob.mx/cuerpos.html>).

Tabla 4. Programas de Posgrado en el Padrón Nacional de Posgrado (CONACyT-SEP), 2008, con formación de investigadores de la comunicación.

Maestrías		
Programa	Institución	Sede
Maestría en Comunicación	Universidad Iberoamericana	ZM Ciudad de México
Maestría en Comunicación	Universidad Nacional Autónoma de México FCPyS	ZM Ciudad de México
Maestría en Comunicación	ITESM, Campus Monterrey	Nuevo León
Maestría en Comunicación	Universidad de Guadalajara	Jalisco
Maestría en Comunicación de la Ciencia y la Cultura	ITESO	Jalisco
Doctorando		
Doctorado en Ciencias Sociales	Universidad de Guadalajara	Jalisco
Doctorado en Ciencias Políticas y Sociales	Universidad Nacional Autónoma de México FCPyS	ZM Ciudad de México
Doctorado en Ciencias Sociales	Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco	ZM Ciudad de México
Doctorado en Educación	Universidad de Guadalajara	Jalisco
Doctorado en Estudios Científico-sociales	ITESO	Jalisco
Doctorado en Estudios Humanísticos	ITESM, Campus Monterrey y CM	Nuevo León y ZMCM

el número de instituciones de donde surge la mayor parte de la producción académica del campo desde hace más de dos décadas (Tabla 5): la UNAM, la UdeG, la UAM, el ITESO, la Iberoamericana y el Tec de Monterrey, no por casualidad las mismas universidades donde están los posgrados acreditados y la mayor parte de los investigadores de la comunicación miembros del SNI.¹¹

¹¹ Como indica la Tabla 3, el número de miembros del SNI que investigan «comunicación» y están adscritos a estas seis instituciones es el siguiente: UNAM, 29; UAM, 18; UdeG, 17; ITESM, 11; UIA, 4; ITESO, 3; es decir, un total de 82 de los 145 considerados (56.5%).

Tabla 5: Productos de investigación publicados, por institución de adscripción de sus autores, 1995-2008.

Institución	1995-2001	2002-2008	1995-2008
U. de Guadalajara (CUCSH)	204 (14.9%)	149 (15.1%)	353 (15.0%)
UNAM (todas las dependencias)	144 (10.5%)	182 (18.6%)	326 (13.8%)
ITESO (DESO)	144 (10.5%)	120 (12.2%)	264 (11.2%)
UIA (todos los planteles)	176 (12.9%)	88 (8.9%)	264 (11.2%)
UAM (todas las unidades)	132 (9.7%)	107 (10.8%)	239 (10.2%)
ITESM (todos los campi)	72 (5.3%)	38 (3.8%)	110 (4.7%)
Universidad de Colima	65 (4.7%)	19 (1.9%)	84 (3.6%)
Otras instituciones	428 (31.5%)	283 (28.7%)	711 (30.3%)
Totales	1365 (100%)	986 (100%)	2351 (100%)

Fuente: (<http://ccdoc.iteso.mx>),¹² al 15 de octubre de 2008.

Sobre estas bases, puede afirmarse que hay ciertas tendencias, sobre todo cuantitativas, que indican que se va remontando paulatinamente algún grado de marginalidad de este campo académico, pero el esquema general de la «triple marginalidad» sigue siendo válido, sobre todo si se proyecta hacia el futuro. Y es obvio que no basta el crecimiento de algunos indicadores de la institucionalización del campo para enfrentar los desafíos de la calidad académica y de la relevancia social de la investigación. Hay evidencias para suponer que el campo seguirá rezagado, todavía por mucho tiempo, en cuanto a la solvencia metodológica y la consistencia epistemológica, así como en cuanto a la legitimidad social y la identidad científica de la investigación de la comunicación en México.

No se perciben, en otras palabras, suficientes manifestaciones estructurales de consolidación institucional del campo académico de la comunicación en México, en relación con las intenciones declaradas y, especial-

¹² El sitio «*ccdoc*», disponible en Internet desde 2003, reúne las referencias (y aproximadamente el 40% de ellas con acceso a los textos completos) de los productos publicados de la investigación de la comunicación en México (libros, capítulos, artículos, tesis de posgrado), como derivación de las *sistematizaciones documentales* publicadas en forma de libros por Raúl Fuentes Navarro en 1988, 1996 y 2003.

mente, en relación con la impresionante serie de transformaciones que han evidenciado sus referentes, mucho más allá de «los medios», pero sin duda incluyéndolos. El indudable desarrollo de las capacidades colectivas es lamentablemente incapaz de alcanzar siquiera una parte de los desafíos asumidos: en los últimos treinta años la «comunicación» y los problemas de toda índole que están asociados con ella, no sólo como temas de referencia sino como procesos sociohistóricos fundamentales, se han vuelto «prioritarios», pero en un sentido que no corresponde del todo al de los fundamentos utópicos del campo. Puede decirse, incluso, que

nuestros objetos de estudio se nos han revertido, y que las *configuraciones* hegemónicas de la comunicación contemporánea nos han alejado más, a todos, incluyendo a los académicos de la comunicación, de una comprensión reflexiva, de un horizonte temporal suficientemente amplio, y nos mantienen atentos a un inmediatez superficial que es patente en la mayor parte de las escuelas de comunicación.

Es indispensable hacer un esfuerzo extraordinario por recuperar el sentido de futuro del estudio de la comunicación, por *historizarlo*, porque las mediaciones históricas, tecnológicas, sociopolíticas, culturales, económicas... que determinan a los «medios» y sus audiencias, que adelgazan la densidad del mundo de la vida y aceleran el ritmo de las transformaciones superficiales para ocultar la permanencia de las estructuras fundamentales (en las esferas públicas y privadas), que nos demandan una atención total a un presente efímero y hacen de la «conciencia histórica» cada vez más una hazaña o una impertinencia, al mismo tiempo que nos privan del impulso utópico hacia «adelante», nos limitan el reconocimiento de lo que queda «atrás» (Fuentes, 2008a).

*Interdisciplinariedad o ¿post-disciplinariedad?*¹³

Desde un punto de vista que intenta precisamente «historizar» la institucionalización del campo académico de la comunicación, es notable

¹³ Una primera versión de esta sección fue parte de la ponencia «Comunicación, cultura y sociedad: hacia un modelo de práctica post-disciplinaria de investigación social» presentada en el II Congreso Nacional de Ciencias Sociales, convocado por el Consejo Mexicano de Ciencias Sociales (COMECSSO) en Oaxaca, octubre de 2009.

el cambio que puede percibirse en muchos de los objetos de estudio, así como en los marcos teóricos y metodológicos disponibles para abordarlos, por lo que al igual que en el resto del mundo y en el conjunto del área de las ciencias sociales, en México se han multiplicado las estrategias «interdisciplinarias» tanto en la investigación como en la formación consecuente de investigadores. Además de un desafío abstracto, la «interdisciplinarietà» se ha convertido en un recurso, y en un problema, de carácter práctico, que «en el caso mexicano... han estado asociados a la expansión de centros de investigación y de académicos de tiempo completo vinculados a proyectos» (COMECSO, 2008). Entendida como una estrategia de formación universitaria y de ejercicio de la investigación, la interdisciplinarietà es una experiencia a confrontar, una práctica social a interpretar, un imperativo a problematizar, todo lo cual es una tarea colectiva, intersubjetiva e interinstitucional muy concretamente situada.

Pero como es obvio, para diseñar y evaluar estrategias interdisciplinarias, hay que saber con alguna precisión qué son las disciplinas. Immanuel Wallerstein (2004) afirma que son tres cosas al mismo tiempo: son *categorías intelectuales*, que sirven para construir objetos de estudio; son *estructuras institucionales*, que organizan tanto la práctica de la investigación como la formación especializada, y también sirven para distribuir presupuestos y legitimar proyectos. Finalmente, las disciplinas son *culturas*, modos de ser académicos, sustentos de identidades, conjuntos de supuestos y de estilos de pensamiento que fomentan la discusión y la colaboración, el avance y la consolidación. Cuando se habla de «interdisciplinarietà», es necesario especificar las implicaciones que la relación entre disciplinas supone en estas tres dimensiones.

Pero también, sobre otro eje, hay que reconocer que las disciplinas cumplen dos funciones interrelacionadas, que complejizan aún más el debate y la práctica de la «interdisciplinarietà»: por un lado, la disciplina es un modo específico de proceder que articula a la *comunidad de especialistas*, que es otro nombre para su identidad, que sirve para distinguirla de otras y para legitimarla, en su triple carácter intelectual, institucional y cultural. Y por otro lado, donde siguen vigentes las acepciones religiosa y militar originales del verbo «disciplinar», está la disciplina que *se enseña a los aspirantes o se impone a los discípulos*, que se transmite de generación en generación para reproducir no sólo el modo

específico de proceder en la producción académica, sino también de relacionarse con el mundo social externo a la comunidad, de preservar e intensificar la identidad.

Aquí hay que considerar que, al menos en los campos de las ciencias sociales y las humanidades en México, aunque también y quizá con mayor profundidad en los campos de investigación llamados ciencias «naturales», las estrategias interdisciplinarias son un hecho establecido, una práctica cada vez más común, y un grave problema para los sistemas de clasificación y evaluación institucionalizados. Puede mantenerse, no obstante, la certeza de que no hay mejor manera de aprender a hacer investigación interdisciplinaria que haciéndola, pero sobre todo, *haciéndola reflexivamente*. Por eso, antes que por las razones de legitimidad simbólica y distinción social, que por supuesto cuentan mucho también, es que la formación universitaria mantiene su justificación histórico-social. Y por eso es relevante cuestionar la eficacia educativa, la articulación entre los procesos de formación universitaria y la inserción socioprofesional de los egresados.

Puede sostenerse que, en la escala más general del sistema mexicano de educación superior, orientado histórica y prioritariamente a la formación de profesionales de cada vez más diversas especialidades, mucho más que a la investigación, hay un fuerte déficit de eso que podría llamarse «reflexividad»: se conoce muy poco, al menos en un sentido sistemático y crítico, sobre la estructuración y la dinámica de las profesiones, sobre la inserción social de los egresados y sobre los factores que condicionan y caracterizan esa inserción. Aunque teóricamente hay algunos rasgos comunes entre las disciplinas y las profesiones, casi toda la investigación disponible se refiere a realidades nacionales muy distintas a las mexicanas, y es muy poco lo que se ha hecho en México para documentar la pertinencia de la propia producción universitaria. Ni siquiera es suficiente la información empírica sistemática sobre los mercados de empleo profesional, aunque los datos que hay al respecto no son muy alentadores.

Y cuando el «posgrado» no se refiere al nivel de doctorado, donde el perfil de egreso es indudablemente identificable con el de un investigador, sino al nivel de maestría, grado incómodamente intermedio entre la formación universitaria de profesionales en las licenciaturas y la formación universitaria de investigadores en los doctorados, se hace más

necesario aún problematizar e identificar las articulaciones estratégicas operantes entre las «disciplinas» y las «profesiones».¹⁴ El sociólogo de la Universidad de Chicago Andrew Abbott (1988, 2001), que ha elaborado interesantes explicaciones sobre la dinámica de las disciplinas y algunas profesiones en Estados Unidos, basadas en el concepto de «campos de interacción», señala muy bien la particularidad del sistema académico estadounidense, en comparación con los sistemas tradicionales alemán, francés y británico, donde no pueden, en sentido estricto, reconocerse estructuras disciplinarias, al menos hasta antes de las actuales reformas unificadoras de las universidades europeas.

Para Abbott, el sistema académico estadounidense obtiene su fuerza y estabilidad de una «doble institucionalización»: por un lado, un mercado laboral interuniversitario regulado por las asociaciones disciplinarias que mantiene en movimiento constante a los académicos, y por el otro una organización curricular intrauniversitaria centrada en la figura de los «*majors*», controlada por los departamentos, que «disciplina anualmente a millones de estudiantes». En México, es obvio reconocerlo, ni la contratación de profesores universitarios se tramita constantemente ni intervienen en ella otros agentes distintos a cada establecimiento institucional, ni los sistemas departamentales de enseñanza alcanzan a determinar, disciplinariamente al menos, la formación profesional de los estudiantes. Y no se cuenta en el país, tampoco, con la rígida jerarquía académica del sistema alemán de cátedras e institutos de investigación, la adscripción centralizada y altamente diferenciada del sistema francés, o la organización de colegios de profesores y estudiantes como pequeñas comunidades de cultura común de la Gran Bretaña. La organización académica mexicana tiene otra historia y una estructura muy inconsistente, que se ha agravado en las últimas décadas con el enorme

¹⁴ La distinción artificial e imprecisa entre posgrados de calidad orientados hacia la profesionalización o hacia la investigación, impuesta por la SEP y CONACYT, es especialmente sensible para las maestrías, pues parece suponer que la formación de investigadores no es una profesionalización de alta especialidad o que las profesiones pudieran prescindir de un componente fuerte de investigación en los procesos de formación avanzada. Por eso, al menos en ciencias sociales, la mayor parte de las maestrías de calidad académica tienen que reconocerse bajo un perfil de orientación «mixta».

crecimiento de las instituciones que, sin las condiciones mínimas para ser reconocidas como universidades en sentido estricto, empezando por plantas estables de profesores, cuentan con el reconocimiento oficial para otorgar títulos profesionales y cada vez más también de posgrado, sobre un esquema puramente mercantil.

En el sistema universitario estadounidense, la estructura de las disciplinas académicas se estableció entre fines del siglo XIX y principios del XX, pero como gran parte de la organización social de ese país, esta estructura comenzó a cuestionarse y a modificarse a mediados de los años setenta. Coincidentemente, el sistema mexicano de educación superior ha experimentado grandes cambios a partir también de esa década. Un dato bastará para ilustrar esos cambios: en 1970 había en el país alrededor de 250 mil estudiantes universitarios, de todas las especialidades y niveles. Para el ciclo escolar 2006-2007, la cifra de la ANUIES es diez veces mayor: poco más de 2 millones y medio de estudiantes, el 85% de los cuales (2 millones cien mil) cursan algún programa de licenciatura, y el 6% algún posgrado. Un esquema similar de crecimiento exponencial de la matrícula, sólo que ocurrido más de medio siglo antes, permitió consolidar en Estados Unidos el sistema de las disciplinas. Hay que tener buen cuidado de extrapolar en bloque los debates asociados con la interdisciplinariedad al sistema mexicano, aunque sí hay algunos rasgos indudables de influencia e incluso de sincronía, que hacen pertinente la recontextualización y la discusión analítica de los procesos formativos.

Por ejemplo, desde la perspectiva de las humanidades, el distinguido académico estadounidense Louis Menand (2001), reflexionaba hace unos años sobre las causas y consecuencias de las transformaciones estructurales de la educación superior de su país, y contrastaba dos tendencias diferentes: una, la *interdisciplinaria*, que supone el fortalecimiento de las disciplinas, sobre todo en su aspecto institucional; otra, la *postdisciplinaria*, caracterizada por el creciente eclecticismo metodológico y temático en la investigación y la enseñanza. Para él, «la enseñanza o la producción académicas interdisciplinarias simplemente significan el despliegue de la experticia profesional en dos o más disciplinas, y este fenómeno no es lo mismo que la postdisciplinariedad», que tiene más que ver con la construcción de nuevos objetos de conocimiento de maneras nuevas, que las disciplinas tradicionales son incapaces de

producir.¹⁵ Para la investigación de la comunicación, esta es una posibilidad que algunos académicos proponen actualmente para reorientar el debate del campo hacia la recuperación de la *relevancia social* de estos estudios (Herbst, 2008; Craig, 2008a). Pero antes de retomar este planteamiento, conviene citar las reflexiones con las que Menand cierra su texto sobre los cambios en la educación superior estadounidense en las últimas décadas, pues tiene una relación directa con la «cultura» comunicada, en las universidades y por los «medios»:

Algo que no ha cambiado es la delicada y en cierto sentido paradójica relación entre la universidad y la cultura general. Es importante que la investigación y la enseñanza sean relevantes, para que la universidad se involucre con la cultura pública y para diseñar sus paradigmas investigativos teniendo en cuenta la vida social y cultural real. [...] Para seguir siendo relevante hoy, creo que la indagación académica tiene que volverse menos especializada, menos técnica, menos excluyente y más holística. Espero que ese sea el camino al que nos lleve la postdisciplinariedad. Al final de este camino, no obstante, hay un gran riesgo, que es el que la cultura de la universidad se convierta en nada más que un eco de la cultura pública. Eso sería una catástrofe. La tarea académica en una sociedad libre es servir a la cultura pública haciendo las preguntas que el público no quiere formular, investigando los asuntos que otros no pueden o no quieren investigar, haciendo espacio a las voces que no tienen lugar o que son rechazadas. Los académicos necesitan mirar el mundo para ver qué clases de enseñanza y de pensamiento tienen que elaborarse, y cómo pueden organizarse mejor para hacerlo, pero necesitan ignorar la insistencia del mundo para que reproduzcan su imagen (Menand, 2001).

¹⁵ Esta noción de «post-disciplinariedad», utilizada desde hace casi dos décadas por el autor para caracterizar *algunas* perspectivas consideradas promisorias para el desarrollo de la investigación académica de la comunicación, ha vuelto a aparecer recientemente en debates estadounidenses en un sentido claramente convergente, sin que evidentemente haya nexos directos ni fuentes comunes claramente identificables... Convendría releer (y reescribir) el diálogo establecido con Enrique Sánchez Ruiz al respecto en *Comunicación y Sociedad* en 1997 (Sánchez Ruiz, 1997; Fuentes, 1997), así como contrastar el espléndido recuento de fuentes teóricas que Raúl Trejo presenta en su capítulo de este mismo volumen, con otros acercamientos disponibles y con datos de *análisis de citación* de la bibliografía de las tesis de posgrado en comunicación mexicanas (Fuentes, 2008b).

La universidad no es, en ningún sentido, una entidad social aislable de su entorno histórico, ni de sus dimensiones económicas, políticas o culturales. Pero tampoco puede ser solamente un reflejo o una extensión instrumental de las realidades sociales. No tendría sentido cultivar el conocimiento ya existente para simplemente reproducirlo, sin posibilidad de cambiar su valor en el mercado, o de influir en la propia estructura del mercado, sobre todo en el «mercado de las ideas» que Menand adopta como título de su trabajo. Y puede sostenerse que este principio es todavía más válido referido a la formación profesional que a la investigación universitaria. La propuesta de que «para seguir siendo relevante hoy, [...] la indagación académica tiene que volverse menos especializada, menos técnica, menos excluyente y más holística», tendría que referirse también a la formación profesional, donde la «interdisciplinarietà», aplicada como un recurso administrativo para evitar la repetición de cursos mediante el diseño de áreas comunes de asignaturas para diversos programas, no puede cumplir la función básica de «disciplinar» a los estudiantes ni la propiamente interdisciplinaria de conectar entre sí los recursos propios de cada disciplina con las necesidades instrumentales de cada profesión. Cuando se ha conseguido elevar la flexibilidad curricular y del perfil profesional, ha sido con frecuencia al alto precio de adelgazar al mínimo la formación universitaria general y básica. En los términos de Menand, la cultura universitaria queda reducida catastróficamente a un eco de la cultura pública, notablemente la que difunden los «medios».

Pero en otro plano, la distinción de Menand entre interdisciplinarietà y postdisciplinarietà parece especialmente pertinente en los ámbitos de las ciencias sociales y las humanidades mexicanas, donde las disciplinas presentan un grado de institucionalización muy precario, comparadas con las estadounidenses. Lo cual no quiere decir que no existan, y menos que no deban existir, sino simplemente que las fronteras que las separan son más simbólicas que materiales, y que puede haber en su interior mayor disposición a traspasarlas si lo que se encuentra en ese camino es promisorio. Menand distingue la postdisciplinarietà por «el creciente eclecticismo metodológico y temático en la investigación y la enseñanza», y ese movimiento, que desafía radicalmente la ortodoxia disciplinaria para buscar mayor relevancia social en el trabajo académico, está muy bien representado en las universidades estadounidenses por los estudios

de género, los estudios culturales, en general en los estudios centrados en identidades, es decir, en referentes empíricos socialmente muy problemáticos, excluidos de los recortes disciplinarios tradicionales.

En México hay sin duda un sinnúmero de esos referentes empíricos socialmente muy problemáticos, no necesariamente los mismos que en Estados Unidos aunque algunos son comunes, que las ciencias sociales y las humanidades han atendido desde hace décadas, en función de su relevancia, pero que están muy lejos de haber sido mínimamente resueltos, o al menos comprendidos; entre ellos, los referentes centrales de los estudios sobre comunicación y medios. Es necesario seguir explorando nuevas maneras de construir objetos de conocimiento, recurriendo al eclecticismo metodológico y a cualquier otro recurso, sea disciplinario o no, y orientar cada vez más la investigación académica hacia el conocimiento relevante, independientemente de que los proyectos se ajusten o no a las clasificaciones institucionalizadas. Por supuesto, la perspectiva postdisciplinaria, como estrategia, implica riesgos, uno de los cuales es el que señala Menand: la pérdida de los parámetros de rigor académico.

Y este riesgo es claramente perceptible en el campo de la comunicación, donde en muchas ocasiones se ha confundido el compromiso o la pertinencia social con la consistencia y el rigor académicos.¹⁶ Hay que insistir en que el trabajo universitario requiere mantener en tensión ambos imperativos, no sustituir uno por el otro, como ha sucedido y sucede muy frecuentemente: hay «militantes de causas sociales» y «habitantes de torres de marfil», y no habría porqué seguir el ejemplo ni de unos ni de los otros. Y ante la abundancia creciente de causas sociales en nuestro entorno y hasta en las propias universidades, es pertinente enfatizar la necesidad de cultivar el rigor académico, la responsabilidad profesional, el conocimiento bien fundado y argumentado, especialmente en los programas de posgrado donde concurren académicos y estudiantes de diversas formaciones previas y diversos intereses de desarrollo futuro. Hay que insistir en la reflexividad, en la capacidad de observarse críticamente a uno mismo en acción, en la medida en que la lógica produc-

¹⁶ No sólo, según se puede documentar mediante análisis empíricos de los productos publicados, en los proyectos inspirados o basados en los «estudios culturales» o el «culturalismo» latinoamericano (Lozano, Frankenberg y Jacks, 2009).

tivista de los indicadores parece imponer la rapidez y la superficialidad. Hay que insistir en el rigor metodológico, en la medida en que la cultura de la opinión inmediata prevalece sobre la cultura del pensamiento profundo. Hay que insistir en la formación general en la medida en que aumenta la presión por la especialización sin fundamentos.

Es decir, en los programas de posgrado en ciencias sociales, además de obtener un título escribiendo una tesis, es indispensable ampliar el horizonte y fortalecer la postura ante él, desaprender muchas prácticas rutinizadas e irracionales adquiridas en la vida o en la universidad misma, sustituirlas por esquemas más avanzados de adquisición, organización y aplicación del conocimiento. Es necesario reformular los términos asumidos de responsabilidad, y una manera estratégica para hacer todo esto es enfatizar el ejercicio de la capacidad de escuchar a los otros, para evaluar con toda precisión las posibilidades de colaboración, porque las de confrontación competitiva se manifiestan más fácilmente. En la literatura sobre interdisciplinariedad hay una figura que condensa muy claramente el sentido de esta propuesta: lo estratégico es alentar la *conversación*, ya no entre disciplinas, sino entre los sujetos que, hasta el límite de sus posibilidades, se apropian de sus procesos de disciplinización y de profesionalización avanzada.

La investigación de la comunicación como práctica sociocultural

A mediados de 2008, cuando en los debates académicos internacionales parecía prevalecer la fragmentación como clave de interpretación del desarrollo del campo de estudios de la comunicación, y muy probablemente como consecuencia de ello, apareció un producto editorial sorprendente: la *Enciclopedia Internacional de la Comunicación*, publicada por Blackwell en doce volúmenes, con el profesor alemán Wolfgang Donsbach (2008) como editor principal. El proyecto subyacente pretende organizar los componentes de la fragmentación y hacerlo, además, desde una perspectiva «internacional». Con la colaboración de más de mil académicos de más de 70 países, la ambición de la obra genera, al menos, la abrumadora sensación de un campo de estudios absolutamente inabarcable, donde la producción de conocimiento y las articulaciones intra y extra-académicas que manifiesta en buena parte del mundo,

desbordan cualquier intento de reconocimiento sistemático. Por ello esta *Enciclopedia* propone una estructura de 29 «áreas editoriales», muchas de las cuales podrían corresponder a «sub-campos» de estudio de la comunicación. En la Tabla 6 se presenta una versión adaptada de esta estructura, con agrupaciones y términos en español que no corresponden necesariamente a la definición de la propia *Enciclopedia*, que enlista sus áreas por orden alfabético en inglés y que mezcla las «entradas» correspondientes a cada una en el cuerpo de la obra, organizada según el mismo criterio de orden alfabético.

Tabla 6: «Sub-campos» de estudio de la comunicación, según las 29 «áreas editoriales» de la Enciclopedia Internacional de la Comunicación (Donsbach, 2008).

Estructuras académicas	Estructuras profesionales	Estructuras de interacción
Comunicación: campo y disciplina	Periodismo	Comunicación interpersonal
Teoría y filosofía de la Comunicación	Producción de contenidos	Lenguaje e interacción social
Métodos de investigación		Comunicación intercultural/intergrupala
Estudios retóricos	Estructuras de aplicación	Comunicación y desarrollo humano
Estudios feministas y de género	Comunicación política	Percepción mediática de la realidad
	Comunicación popular	Cognición/procesamiento de información
Estructuras mediáticas	Comunicación y cambio social	Exposición a contenidos de la comunicación
Sistemas de Medios	Comunicación para el desarrollo social	Efectos de los Medios
Historia de los Medios	Comunicación educativa/Instruccional	
Economía de los Medios	Comunicación estratégica, publicidad, Relaciones públicas	
Legislación y políticas	Comunicación organizacional	
Tecnologías de la Comunicación	Comunicación internacional	
Comunicación visual		

En el contexto de la *Enciclopedia*, desde la entrada principal del área «Comunicación: campo y disciplina», el estadounidense Robert Craig señala tres características comunes del estudio de la comunicación en los diversos países y regiones donde se cultiva: en primer lugar, el *crecimiento*, «estimulado en muchos lugares por la necesidad de personal capacitado para los medios, condición que acarrea muchos problemas para el desarrollo propiamente académico del campo». En segundo lugar, la *dependencia extrema* «con respecto a conceptos y prácticas de origen estadounidense y europeo, coincidente con una fuerte necesidad de conocimiento cultural y localmente relevante, lo que contribuye a una creciente internacionalización, en condiciones de gran diversidad». Y, finalmente, un aparente «consenso internacional de que el nombre y el concepto subyacente hacia los que todos contribuyen ... es *Comunicación*» (Craig, 2008a: 678).

En su apretada y bien documentada síntesis, Craig reconstruye las tendencias y los debates principales que condicionan el reconocimiento y la organización de los estudios sobre la comunicación en todo el mundo, y subraya los inexorables componentes de *aplicación social* que los caracteriza, así como la creciente demanda de intervenciones expertas en las sociedades contemporáneas. Y en términos de un «prospecto de futuro», reconociendo que los debates no han generado acuerdos sobre si la investigación de la comunicación debería tender a establecerse como una disciplina en el mismo sentido que lo son la lingüística, la sociología o la economía, o si ya lo ha hecho (al menos en Estados Unidos),¹⁷ plantea una fórmula que puede servir bien, al menos, para interpretar las principales tendencias que van siendo documentadas:

La cuestión no es si el de la comunicación seguirá siendo un campo interdisciplinario, pues ciertamente lo seguirá siendo. La pregunta abierta es

¹⁷ Más allá de la pugna por los significados e implicaciones del término «disciplina» y sus diversos asociados mediante distintos prefijos, hay una relativa convergencia conceptual (y ética) entre los autores citados en esta sección, que probablemente contribuyen desde diferentes perspectivas al diseño de un futuro *institucional* más sólido y socialmente pertinente para los estudios de la comunicación. En ese sentido, puede leerse como propuestas «post-disciplinarias».

si la comunicación puede también tener un núcleo teórico que permita a los investigadores de la comunicación abordar tópicos interdisciplinarios desde un punto de vista disciplinario particular, que aporte valor real a la empresa interdisciplinaria. La creciente centralidad de *la comunicación como tema de la cultura global*, involucra a la disciplina de la comunicación en una «doble hermenéutica», un proceso en el que el campo académico deriva mucho de su identidad y de su coherencia del profundo y comprometido involucramiento con la comunicación como una categoría de la práctica social, al mismo tiempo que contribuye a la dinámica evolución de esa misma categoría cultural, que constituye el objeto central y definitorio de estudio de la disciplina (Craig, 2008a: 686).

Craig ha desarrollado ampliamente, desde hace más de veinte años, su propuesta de considerar al estudio de la comunicación como una «disciplina práctica» (Craig, 1989; 1999; 2008b), tomando como base precisamente la «doble hermenéutica» postulada por Giddens (1984) para la teoría de la estructuración, que responde a la condición de la ciencia social de interpretar hechos ya interpretados por los sujetos sociales. El concepto de «disciplina académica» de Craig es el de una «formación discursiva» cuyas fuentes de construcción y legitimación provienen de tres contextos histórico-sociales:¹⁸

Contextos *intelectuales*, de textos clásicos y corrientes, teorías, problemas, métodos y modos de análisis; contextos *institucionales*, de universidades y departamentos, organizaciones profesionales, agencias de financiamiento, editoriales, bibliotecas, bases de datos y esquemas de clasificación asociados; y contextos *socioculturales*, de conceptos y prácticas ordinarias, más o menos profundamente amalgamados en los sistemas culturales de creencias y hábitos de la sociedad en general (Craig, 2008b: 8-9).

Si bien las claves para evaluar y proyectar la articulación de los estudios académicos sobre la comunicación en términos de «campo» y de «disciplina» suelen ser *epistemológicas* en los hasta ahora interminables debates al respecto, hay también fuertes componentes *sociológicos* en juego, indispensables para problematizar e historizar los procesos de

¹⁸ En los tres capítulos que componen esta obra, el lector probablemente podrá reconocer una cierta correspondencia, originalmente no basada en el trabajo de Craig, en los énfasis adoptados por los tres autores.

institucionalización de estos estudios, especialmente si se adopta una escala de análisis «internacional» para esta meta-investigación, es decir, si se pretende dar cuenta de las particularidades locales y nacionales de la institucionalización, y al mismo tiempo explorar en búsqueda de explicaciones de mayor alcance (incluso epistemológico) sobre sus condiciones y posibilidades «globales». Craig especifica un poco más su propuesta:

El carácter específico de la Comunicación como disciplina se puede comprender así en términos de su contribución al conocimiento en ciertas tradiciones intelectuales, sus cambiantes formas institucionales y su relevancia para la «comunicación» entendida como una categoría socio-culturalmente constituida de problemas y de prácticas, pero el tercero de estos factores —el contexto sociocultural de la disciplinariedad— tiene, según sostengo, un papel primordial. La Comunicación como una disciplina práctica ha sido construida sobre (incluso cuando reflexivamente lo reconstruye) el fundamento de la comunicación como una categoría cada vez más central en las sociedades modernas y la cultura global (Craig, 2008b: 9).

Se pueden también reconocer coincidencias con esta postura en autores de otras latitudes. En su *Oficio de Cartógrafo* (2002), Jesús Martín Barbero (autor de la entrada sobre el campo académico de la comunicación en América Latina en la *Enciclopedia...*), sintetizó en pocas páginas, bajo el subtítulo «Itinerarios de la Investigación», su particular y muy influyente versión sobre el pasado y el futuro de la investigación de la comunicación en América Latina, construida en interlocución múltiple (y «desterritorializada») durante más de dos décadas. Su proyecto explícito es:

poder pasar del problema de la legitimidad teórica del campo de la comunicación a una cuestión distinta: la de su *legitimidad intelectual*, esto es, la posibilidad de que la comunicación sea *un lugar estratégico desde el que pensar la sociedad* y de que el comunicador asuma el rol intelectual. Es ahí a donde apunta en último término la perspectiva abierta por el paradigma de la mediación y el análisis cultural, al *peso social* de nuestros estudios y nuestras investigaciones, a la exigencia de repensar las relaciones comunicación/sociedad y de redefinir el papel mismo de los comunicadores. De no ser así, la expansión de los estudios de comunicación e

incluso su crecimiento y cualificación teórica pueden estársenos convirtiendo hoy en una verdadera coartada: aquella que nos permite esconder tras el espesor y la densidad de los discursos logrados nuestra incapacidad para acompañar los procesos y nuestra dimisión moral (Martín Barbero, 2002: 211).

Su argumentación pasa por el reconocimiento de las *apropiaciones* de que está hecha la investigación latinoamericana, «más que por recurrencias temáticas o préstamos metodológicos» (2002: 226), en una trama emergente de *transdisciplinariedad*:

Transdisciplinariedad en el estudio de la comunicación no significa la disolución de *sus* objetos en los de las disciplinas sociales, sino la construcción de las articulaciones —mediaciones e intertextualidades— que hacen su especificidad. Esa que hoy ni la teoría de la información ni la semiótica, aun siendo disciplinas «fundantes», pueden construir ya. Como las investigaciones de punta en Europa y en Estados Unidos, también las latinoamericanas presentan una convergencia cada día mayor con los estudios culturales, en su capacidad de analizar las industrias comunicacionales y culturales como matriz de desorganización y reorganización de la experiencia social en el cruce de las desterritorializaciones que acarrearán la globalización y las migraciones con las fragmentaciones y relocalizaciones de la vida urbana (Martín Barbero, 2002: 217-218).

Pero aunque «la inscripción de la comunicación en la cultura ha dejado de ser un mero asunto cultural, pues son tanto la economía como la política las concernidas directamente en lo que ahí se produce», en el «suelo de la escena tardomoderna», quedan planteadas dos «desconcertantes preguntas» (2002: 22):

¿Cómo hemos podido pasar tanto tiempo intentando comprender el sentido de los cambios en la comunicación, incluidos los que pasan por los medios, sin referirlos a las transformaciones del tejido colectivo, a la reorganización de las formas del habitar, del trabajar y del jugar? Y ¿cómo podríamos transformar el «sistema de comunicación» sin asumir su espesor cultural y sin que las políticas busquen activar la competencia comunicativa y la experiencia creativa de las gentes, esto es, su reconocimiento como sujetos sociales? (Martín Barbero, 2002: 224).

Martín Barbero aborda también, consecuentemente, «la institucionalización del campo y sus contradictorias consecuencias», donde aborda las «nuevas tensiones» que están emergiendo en él, como «la que plantean los diferentes modos de entender y efectuar la relación entre investigación y mercado» (2002: 242) o los debates internos y externos para calificar y descalificar la transdisciplinariedad, como «catalizador de malestares y sospechas» (2002: 243).

En una obra publicada el mismo año, el investigador danés Klaus Bruhn Jensen aportó algunos argumentos que pueden considerarse confluyentes, al proponer cómo pasar de un modelo de comunicación centrado en el «intercambio de mensajes», y de otro, irreconciliable con él, de la «comunicación como ritual» (Carey, 1989), a un modelo de «niveles», que bien pueden ser llamados socioculturales, que integra a los medios tecnológicos contemporáneos no sólo con la producción de sentido sino también con la estructuración de la sociedad. Para ello retoma de Giddens (1984) la idea de la «dualidad de la estructura» y agrega a las categorías de «agencia» y «estructura», la de «medios»:

La cuestión fundamental para el campo, consecuentemente, es la diferencia que hacen los medios, no sólo en términos de sus 'efectos' sobre las audiencias, sino para el resto de la estructura social y para la agencia humana, la cultura y la comunicación. Este libro considera como el rasgo distintivo de los medios la producción y circulación de sentido en las sociedades modernas, lo que permite la reflexividad colectiva y la acción coordinada en una escala sin precedentes. Esto implica que los medios mismos ocupan el centro de interés en el campo —su identidad— en un sentido *metodológico*. El hecho de que los medios sean al mismo tiempo negocios, formas estéticas y recursos culturales tiene interés teórico y empírico primario en la medida en que esos rasgos conforman la producción mediada de sentido. Precisamente por la complejidad de los medios como objetos de análisis, el campo debe contar con una variedad de enfoques teóricos, disciplinarios así como interdisciplinarios, tomando en consideración la gran periferia de factores explicativos que convergen en su centro (Jensen, 2002: 9).

Las propuestas teórico-metodológicas que se desprenden de esta «nueva» concepción de la investigación de la comunicación y de los medios de una manera integrada, supone a ésta como una *práctica*, que puede entenderse, al igual que la comunicación, como «un tipo particular de interacción

social gobernada por reglas» y que incluye, como constitutivos esenciales, al *investigador*, a sus *sujetos-objeto*¹⁹ (u otras fuentes de evidencia), y a «la *comunidad de pares* que, tarde o temprano, evaluarán la calidad de los hallazgos y de la conducta profesional» (Jensen, 2002: 289).

De esta manera, es clara la articulación epistemológica, propuesta por Jensen, entre la comunicación y la investigación de la comunicación, una *meta-práctica* de ella.²⁰ La *metodología* adquiere, así, una potencia explicativa que escaseaba en el campo académico y, al mismo tiempo, proporciona una plataforma tan sólida como pueden ser los constructos científicos, para la convergencia en el campo. Aunque debe advertirse que es la institucionalidad, y no la argumentación intelectual, el lugar social donde se articulan el poder y el saber, por lo que el futuro del campo y la lucha por su orientación dependen en mayor medida de las formas organizacionales que de las teóricas, la propuesta estimula una discusión muy pertinente, que, a través de su formulación «política», puede cobrar mucho sentido en América Latina, pues para Jensen,

la orientación hacia la acción social es algo que la investigación comparte con la comunicación. Tanto la investigación sobre los medios como la comunicación mediada tienen fines, sean implícitos o explícitos... Es la conclusión de la comunicación mediada y de su transformación regulada en acción social concertada lo que es distintivo de la democracia, no un interminable proceso de comunicación. El fin de la comunicación sirve a los fines de la democracia... El fin del proceso de investigación es el comienzo de otras prácticas sociales (Jensen, 2002: 293).

A principios de 2010, apareció publicado un nuevo libro de Jensen, donde elabora de una manera mucho más sistemática y avanzada la propuesta de *convergencia* que había delineado en sus obras anteriores. Centrado significativamente en los «medios» y sus articulaciones convergentes, el libro «es un intento de comprender los nuevos medios a la

¹⁹ Jensen utiliza el término «*respondents*» (2002: 289).

²⁰ Ya en una obra anterior (1995), Jensen había formulado la relación entre una «teoría de la comunicación» como semiótica de primer orden, y una «teoría de la ciencia» como semiótica de segundo orden.

luz de los viejos medios, y de hacer sentido sobre la práctica común de comunicación en una época de transición tecnológica y cambio social» (Jensen, 2010: ix). Directamente asociado al proyecto de la *Enciclopedia...* (Donsbach, 2008) como editor del área de teoría y filosofía de la comunicación, Jensen matiza sus enfoques previos (centrados en la semiótica y el pragmatismo de Peirce) y, manteniendo esta perspectiva general, recupera múltiples aportes provenientes de diversos campos académicos en torno a tres problemas: la comunicación como concepto; los medios como soportes materiales, como instancias significativas y como instituciones sociohistóricas; y la investigación de la comunicación como práctica social. Si bien es obvio, y además plenamente consistente con el propio planteamiento de Jensen, que los aportes de ésta como de muchas otras obras, a la *comprensión de los medios*, de la comunicación, y de las sociedades contemporáneas dependerán sustancialmente de su circulación, apropiación crítica y utilidad práctica en las diversas «comunidades interpretativas» a las que se dirige, el sentido de futuro que declara puede ser compartido:

La investigación de los medios y de la comunicación tiene una contribución que dar, sobre todo mediante la doble hermenéutica. El campo podría y debería unificarse más en sus intentos de describir, interpretar y explicar la comunicación, sus problemas pero también sus potenciales, aunque sólo en última instancia. Al reenfocar la atención sobre el fin de la comunicación como el inicio de otra interacción social, el campo puede hacerse más coherente; también puede hacerse más relevante y útil para otros campos de teoría y de práctica. La comunicación no es ni un sueño ni una pesadilla, sino una práctica en el mundo real: un recurso único para producir y confrontar conocimiento humano, antes de traducirlo en acción social.

En la temprana investigación crítica europea de la comunicación era común insistir en que el centro de los estudios mediáticos estaba fuera de los medios [...]. En este libro he propuesto un cambio de enfoque de los medios a las prácticas comunicativas. Un centro importante de la investigación futura permanece fuera de la comunicación —en el fin de la comunicación y en sus intersecciones con otras prácticas políticas, económicas y culturales. Ahora es un buen tiempo para considerar cómo los estudios de medios y de comunicación podrían ser diferentes (Jensen, 2010: 165).

Si bien la investigación académica de la comunicación en México puede, dos décadas después, seguir siendo considerada «sujeta a una

triple marginalidad», y que «adoptamos un acercamiento que primero dé cuenta de los obstáculos y limitaciones estructurales, para describir y explicar cómo se desarrolla una ‘ciencia pobre’ en un contexto de escasez e incompreensión social, y para ubicar ahí las condiciones de eficacia y desarrollo de las instancias metodológicas» (Fuentes y Sánchez, 1989: 7), es necesario continuar insistiendo en el desarrollo de la capacidad de *agencia reflexiva* de los investigadores de la comunicación como factor determinante de las prácticas *de comunicación* estructuradoras del campo.

Bibliografía

- ABBOTT, Andrew (1988): *The System of Professions. An Essay on the Division of Expert Labor*. Chicago: The University of Chicago Press.
- _(2001): *The Chaos of Disciplines*. Chicago: The University of Chicago Press.
- BOURDIEU, Pierre (1988): *Homo Academicus*. California: Stanford University Press.
- _(1989): *O Poder Simbólico*. Lisboa: Difel.
- CAREY, James W. (1989): *Communication as Culture. Essays on Media and Society*. New York & London: Routledge.
- COMECSO (2008): «Ciencias Sociales en México: un enfoque regional», documento inédito. México: Consejo Mexicano de Ciencias Sociales.
- CRAIG, Robert T. (1989): «Communication as a practical discipline», in DERVIN, GROSSBERG, O'KEEFE & WARTLELLA (eds.), *Rethinking Communication: Volume I: Paradigm Issues*. Newbury Park, CA: Sage, pp. 97-122.
- _(1999): «Communication Theory as a Field», en *Communication Theory* No. 9, pp.119-161.
- _(2008a): «Communication as a field and discipline», in DONSBACH (ed.), *The International Encyclopedia of Communication*. New York: Blackwell, Vol. II, pp.675-688.
- CRAIG, Robert T. (2008b): «Communication in the conversation of disciplines», *Russian Journal of Communication* Vol. 1 No. 1 (winter), pp.7-23.
- DE LEÓN VÁZQUEZ, Salvador (2009): *Cambios en la configuración de la comunicación pública en México: el caso del periodismo político en Aguascalientes*. Tesis de Doctorado en Estudios Científico-Sociales. Guadalajara: ITESO.
- DONSBACH, Wolfgang (ed.) (2008): *The International Encyclopedia of Communication*. New York: Blackwell.
- ESTEINOU MADRID, Javier y ALVA DE LA SELVA, Alma Rosa (coords.) (2009): *La «Ley Televisa» y la lucha por el poder en México*. México: UAM Xochimilco.
- FUENTES NAVARRO, Raúl (1994): «La investigación de la comunicación ¿hacia la postdisciplinariedad en ciencias sociales?», en LAMEIRAS y GALINDO (eds.), *Medios y Mediaciones*. Guadalajara: El Colegio de Michoacán/ ITESO, pp.221-243.
- _(1995): «La institucionalización académica de las ciencias de la comunicación: campos, disciplinas, profesiones», en GALINDO y Luna (eds.): *Campo académico de la comunicación: hacia una reconstrucción reflexiva*. México:

- CONACULTA/ ITESO (Col. Pensar la Cultura), pp.45-78.
- FUENTES NAVARRO, Raúl (1997): «Retos disciplinarios y postdisciplinarios para la investigación de la comunicación», en *Comunicación y Sociedad* núm. 31, septiembre-diciembre. Guadalajara: DECS, Universidad de Guadalajara.
- _(1999): «Institucionalización y postdisciplinarización de las ciencias sociales en México», en FUENTES y REGUILLO (coords). *Pensar las ciencias sociales, hoy. Reflexiones desde la cultura*. Guadalajara: ITESO, pp. 203-244.
- _(2000): «Perspectivas socioculturales postdisciplinarias en la investigación de la comunicación», en OROZCO (coord.), *Lo viejo y lo nuevo. Investigar la comunicación en el siglo XXI*. Madrid: Ediciones La Torre, pp.17-31.
- _(2003): «El campo académico de la comunicación en México. Fundamentos de la postdisciplinariedad», en VALENZUELA (coord). *Los estudios culturales en México*. México: CONACULTA/ Fondo de Cultura Económica (Biblioteca Mexicana), pp.380-419.
- _(2005a): «El campo académico de la comunicación en México como objeto de análisis auto-reflexivo», en LOZANO (coord). *La comunicación en México. Diagnósticos, balances y retos*. México: CONEICC/ ITESM, pp. 29-63.
- _(2005b): «La configuración de la oferta nacional de estudios superiores en Comunicación. Reflexiones analíticas y contextuales», en *Anuario CONEICC de Investigación de la Comunicación XII*. México: Consejo Nacional para la Enseñanza y la Investigación de las Ciencias de la Comunicación.
- _(2007): «La triple marginalidad de los estudios sobre comunicación en México. Una re-visión actual», en *Culturales* Vol. III No. 6, Mexicali: CIC MUSEO UABC, pp.27-48.
- _(2008a): «Nueve tópicos para reflexionar en plural sobre la carrera del futuro», en *Códigos Tercera Época* No. 1, Puebla: UDLA, pp.25-33.
- FUENTES NAVARRO, Raúl (2008b): «Bibliografías, biblionomías, bibliometrías: los libros fundamentales en el estudio de la comunicación», en *Comunicación y Sociedad* Nueva época No. 10, Guadalajara: DECS Universidad de Guadalajara, pp.15-53.
- FUENTES NAVARRO, Raúl y SÁNCHEZ RUIZ, Enrique E. (1989): *Algunas condiciones para la investigación científica de la comunicación en México*. Guadalajara: ITESO (Cuadernos Huella No. 17).
- _(1992): «Investigación sobre comunicación en México: los retos de la institucionalización», *Cuadernos de Comunicación y Prácticas Sociales* No 3, México: PROIICOM UIA, pp.11-38.
- GALINDO CÁCERES, Jesús (2008): «Hacia una Comunicología posible en México. Los planes de estudio, la bibliografía y las teorías de la comunicación», en CHÁVEZ y Karam (Coords.), *El campo académico de la comunicación. Una mirada reflexiva y práctica*. México: Praxis, U. de Colima, U.A. de Baja California, U.A. de la Ciudad de México, pp.81-108.
- GIDDENS, Anthony (1984): *The Constitution of Society: Outline of the Theory of Structuration*. Berkeley/Los Angeles: University of California Press.
- GÓMEZ VARGAS, Héctor (2008): «Volver al futuro. Esbozo sobre el campo académico de la comunicación en México y la emergencia de programas de investigación. El caso de Colima y Guadalajara», en CHÁVEZ y KARAM (Coords.), *El campo académico de la comunicación. Una mirada reflexiva y práctica*. México: Praxis, U. de Colima, U.A. de Baja California, U.A. de la Ciudad de México, pp.23-79.
- HERBST, Susan (2008): «Disciplines, Intersections, and the Future of Communication Research», *Journal of Communication* Vol. 58 No. 4, p.603-614.

- HERKMAN, Juha (2008): «Current Trends in Media Research», *Nordicom Review* Vol. 29 No. 1. Göteborg: Nordicom. pp.145-159.
- JENSEN, Klaus Bruhn (1995): *The Social Semiotics of Mass Communication*. London: Sage.
- JENSEN, Klaus Bruhn (ed.) (2002): *A Handbook of Media and Communication Research. Qualitative and Quantitative Methodologies*. London & New York: Routledge.
- _(2010): *Media Convergence. The three degrees of network, mass, and interpersonal communication*. London & New York: Routledge.
- LEÓN BARRIOS, Gerardo G. (2008): «Bibliohemerografía del campo académico de la comunicación en México (CACM): un balance a diez años de su producción», en CHÁVEZ y KARAM (Coords.), *El campo académico de la comunicación. Una mirada reflexiva y práctica*. México: Praxis, U. de Colima, U.A. de Baja California, U.A. de la Ciudad de México, pp. 431-437.
- LOZANO R., José Carlos, Lorena FRANKENBERG y Nilda JACKS (2009): «Audiencias televisivas latino-americanas: 15 años de pesquisa empírica», en *MATRIZES* Año 3, No. 1, São Paulo: ECA USP, pp. 167-196.
- MENAND, Louis (2001): *The Marketplace of Ideas*. American Council of Learned Societies, Occasional Paper No. 49.
- MOLINER, María (1992): *Diccionario de Uso del Español*. Madrid: Gredos.
- REBEIL CORELLA, María Antonieta (2009): «México: fragmentación de la oferta educativa». En FELAFACS, *Mapa de los centros y programas de formación de comunicadores y periodistas en América Latina y el Caribe. Informe Final*. Lima: FELAFACS/UNESCO, p. 69-87.
- RIZO GARCÍA, Marta (2008): «Construcción teórica, pensamiento comunicológico y campo académico. Reflexiones desde la propuesta de la Comunicología posible», en CHÁVEZ y KARAM (Coords.), *El campo académico de la comunicación. Una mirada reflexiva y práctica*. México: Praxis, U. de Colima, U.A. de Baja California, U.A. de la Ciudad de México, pp.109-139.
- SÁNCHEZ RUIZ, Enrique E. (1997) «Algunos retos para la investigación mexicana de comunicación. Una reflexión personal (en diálogo con Raúl Fuentes)», en *Comunicación y Sociedad* núm. 30, mayo-agosto. Guadalajara: DECS, Universidad de Guadalajara.
- SÁNCHEZ RUIZ, Enrique E. y FUENTES NAVARRO, Raúl (1990): «Fieldwork problems in Mexican Communication Research», in NARULA y PEARCE (eds.), *Cultures, Politics and Research Programs: An International Assessment of Practical Problems in Field Research*. Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum Associates, pp.6387.
- UNESCO (2010): *Unesco Science Report 2010. The Current Status of Science around the World*. Paris, Unesco.
- VEGA MONTIEL, Aimée (Coord.) (2009): *La comunicación en México. Una agenda de investigación*. México: CIICH UNAM.
- WALLERSTEIN, Immanuel (2004): *The Uncertainties of Knowledge*, Philadelphia: Temple University Press.

